

Género y clase: una suave trama explosiva
Dra. Gilda Luongo

“¿Qué es la obrera? La obrera es una máquina de carne, cuyo sistema reproductor, ha sido transformado en productor. La obrera, o sea el caballo-hembra, desempeña, haciéndosela un honor –dos importantes papeles. Es artefacto sexo-sensual y es bestia de carga o máquina industrial. Ella debe durante el día trabajar en el taller o prisión, servir como una esclava y arrastrarse como un reptil para ganar su alimento miserable, el de sus hijos y parte del de su marido o amo. En la noche asear su casa, lavar la ropa, hacer de comer, acariciar a sus niños y servir de madre, de hija, de esposa y de animal tolerante y satisficente del hombre-perro que ladra, que come, que empuerca y halaga miserablemente- sin que nunca venga un rayo de luz, una nota dulce, una sonrisa, una esperanza, a tocar sonoramente sus delicadas fibras del corazón de la mujer que sufre y que siente.

La obrera debe sonreír fingidamente al patrón, debe oírle sus impertinencias y estupideces, debe humillarse servilmente a la torpe y orgullosa patrona, debe trabajar mucho, el doble que un hombre para ganar la tercera parte de lo que por el mismo tiempo y trabajo gana éste; debe ser muy obediente y generosa, y por fin debe serle al esposo más fiel que las burguesas beatas a sus confesores. ¿Quieres saber mejor qué es la obrera? Pues bien, más tarde se los diré con más franqueza y amplitud.”¹

Rosa Rubí

Posicionada como feminista de cuño heteróclito, mujer que piensa y actúa para transformar la sociedad e incidir en la cultura; de origen proletario, participante activa

¹ Rubí, Rosa, *La tromba*, Santiago, Chile, 6 de marzo de 1898, N° 1, pp. 6 y 7, en Adriana Palomera y Alejandra Pinto (Comps.), *Mujeres y Prensa anarquista en Chile (1837-1935)*, Santiago de Chile, Ediciones Espiritu Libertario, 2006.

de La Morada, corporación que agrupa desde la década de los ochenta a mujeres que piensan desde su singularidad de género; circulante nómada entre instituciones universitarias en labores de investigación y docencia, desde género en cruce con literatura, educación y cultura, escogí este discurso de Rosa Rubí para abrir esta ponencia.

Rosa Rubí fue una de tantas mujeres que pensaban, marginalmente, acerca de su propia condición y de su instalación socio-cultural a fines del siglo XIX y su discursividad trasunta la ira y la potencia de una sujeto sitiada por la subordinación, la explotación y la dominación androcéntrica y capitalista. Me parece que su posicionamiento condensa de cierta manera el nudo al que Tatiana Rojas me invitó a pensar para esta mesa: las relaciones entre poder, dominación, género y clase. Categorías todas complejas que pueden sin duda interconectarse no sólo conceptualmente sino develando en las praxis múltiples mapas de sentido desplegados para su indagación crítica y denuncia. Las elaboraciones conceptuales que han hecho teóricas feministas neo marxistas y de la diferencia constituyen uno de los pisos en el que me sostendré para esta incursión, el otro será, una interpretación posible del texto citado al inicio de la autoría de Rosa Rubí.

Una suave trama explosiva: género y clase

Si seguimos a Gayle Rubin, teórica feminista, en su noción de sistema sexo-género llegamos a comprender que toda sociedad tiene un conjunto de disposiciones por el cual la materia prima biológica del sexo y la procreación son conformadas por la intervención humana y social. (Rubin, 1996) La teórica afirma: “un sistema sexo-género es simplemente el modo reproductivo de un 'modo de producción' ” (Rubin, 1996) En esta distinción Rubin se apropia del concepto marxista de producción para resignificarlo

en tanto “reproducción”. La autora interviene el pensamiento marxista de la plusvalía, los modos de producción y la fuerza de trabajo señalando: “es preciso un trabajo adicional sobre esas cosas antes que puedan convertirse en personas: la comida debe ser cocida, las ropas lavadas, las camas tendidas, la leña cortada, etcétera. Por consiguiente el trabajo doméstico es un elemento clave en el proceso de reproducción del trabajador del que se extrae plusvalía. Como en general son mujeres quienes hacen el trabajo doméstico, se ha observado que es a través de la reproducción de la fuerza de trabajo que las mujeres articulan el nexo de la plusvalía que es el *sine qua non* del capitalismo.” (Rubin, 1996: 40-41). Rubin, al ampliar el registro del concepto usado por Marx está revisitando la noción de género a la luz de la noción de clase y a la inversa. Por su parte, Iris Young, señala: “Tareas tradicionales de las mujeres tales como parir y criar niños, cuidar a los enfermos, limpiar, cocinar, etcétera caen dentro de la categoría del trabajo en la misma medida de hacer objetos en una fábrica. Utilizar la categoría de producción o trabajo para designar únicamente la tarea de hacer objetos concretos en una fábrica moderna ha sido una de las tragedias innecesarias de la teoría de Marx” (Young en Nicholson, p.45). Sin embargo, según Young, feminista neo-marxista, no se trata de separar la opresión de las mujeres de la otra opresión que devela el marxismo, la económica-política en sentido tradicional, más bien habría que reconocer y trabajar la integración de ambas dimensiones: la dominación masculina y la capitalista. El desafío entonces no pasa sólo por intervenir la clase con el género sino develar las omisiones en que ha concurrido la teoría y praxis marxista para posibilitar esta integración.

Algunas feministas han replanteado esta cuestión afirmando que es necesario referir la singularidad de la distinción de género y para ello proponen usar la noción de “producción afectivo sexual” para distinguirla de la noción de reproducción, usada también por Marx para referir la producción desplegada en el tiempo. Desde mi

posicionamiento feminista me parece relevante que la singularidad de género resulte explicitada y nociones como ésta última recibe todo mi apoyo, aún cuando estoy consciente de que la teoría de los sistemas duales² no tiene el rendimiento socio-cultural y político que sí pueden tener planteamientos que integren las dominaciones capitalistas y de género.

La pensadora feminista italiana de la diferencia, Rosi Braidotti, plantea que el sistema sexo-género construye a los dos sexos como diferentes, desiguales y sin embargo complementarios, y a partir de esta construcción se levanta un *sistema de poder* que apunta a concentrar el capital material y simbólico en manos de los padres es decir, de los hombres mayores para controlar a los hombres más jóvenes y a las mujeres. (Braidotti, 2000). De este modo Braidotti problematiza el lugar de la familia como institución normativa que sella el poder de los hombres y establece la heterosexualidad como la economía política de ambos sexos. Como tal, la heterosexualidad es la institución que sustenta el sistema de género (Braidotti, 2000).

Constituido por los conjuntos, prácticas, símbolos, representaciones, normas y valores sociales que la sociedad elabora a partir de la diferencia sexual, el sistema sexo-género condiciona las tramas de relaciones sociales que determinan los vínculos entre los seres humanos y es por lo tanto, el objeto de estudio más amplio para comprender y explicar el

par:

subordinación femenina - dominación masculina. Dominación que los teóricos marxistas y neomarxistas, en general, se han resistido a incorporar como elemento

² Fraser, Nancy, “¿Qué tiene de crítica la teoría crítica? Habermas y la cuestión del género” en Seyla Benhabib y Drucila Cornell, *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, España, Ediciones Alfons El Magnanim, 1990, pp. 49-88. La teoría de sistemas duales es: “un enfoque que plantea que en la actividad humana se dan dos sistemas distintos y en correspondencia con ello dos sistemas de opresión distintos: el capitalismo y la dominancia masculina, pero esto es erróneo. De hecho no hay dos sistemas distintos sino más bien dos dimensiones totalmente entremezcladas de una sola formación social. Para entender semejante formación social la teoría crítica requiere un solo conjunto de categorías y conceptos que integre internamente tanto el género como la economía política (quizá también la raza)” (p. 54, nota al pie 8)

constitutivo de la vida humana en sociedad. Las mujeres por el sólo hecho de serlo, se encuentran subordinadas en la sociedad capitalista que las emplea como materia prima y luego las modela domesticadas como producto en un orden social que tal como existe es un contrato homosocial masculino.

Nancy Fraser, teórica feminista neomarxista, enfatiza el carácter fastidioso y tenso que tienen las mujeres con el trabajo asalariado en el capitalismo clásico dominado por los hombres. En efecto, no es que las mujeres estén ausentes de puestos de trabajo asalariado, sino que están allí de modo diferente. Están como trabajadoras en servicios “feminizados”: secretarias, trabajadoras domésticas, dependientas, trabajadoras sexuales o prostitutas, entre otros; lo están como miembros de las profesiones de ayuda que utilizan la matriz simbólica del cuidado materno: enfermeras, asistentes sociales, trabajadoras al cuidado de niños y niñas, educadoras de infancia, maestras de escuela básica; están como blancos de persecución sexual; como trabajadoras mal pagadas, mal preparadas profesionalmente; de bajo estatus en ocupaciones segregadas por el sexo; lo están como trabajadoras a media jornada; como trabajadoras de jornada doble (el trabajo doméstico no remunerado y el trabajo remunerado); como esposas que trabajan y madres que trabajan; como madres y esposas en primera instancia, que sucede que en segunda instancia también “salen a trabajar”; como las que ganan un sueldo suplementario, etcétera. Esta amplia diversidad de cualidad de las mujeres en los puestos de trabajo remunerado da testimonio de la disonancia conceptual que existe entre feminidad y rol del trabajador en el capitalismo. Todo ello confirma el subtexto masculino de dicho rol, según Fraser. Este rol que vincula la economía (oficial) privada con la familia privada en las sociedades capitalistas es un rol masculino y el vínculo que forja es elaborado tanto desde la

identidad de género masculino como desde el capital dinero que supuestamente es neutro.

Gayle Rubin sostiene que explicar la utilidad de las mujeres para el capital es una cosa y otra muy distinta sostener que esa utilidad explica la génesis de la opresión de las mujeres. Por ende en este sentido señala que el capitalismo deja sin explicar mucho sobre las mujeres y la opresión que éstas sufren. Es más, en muchas sociedades no capitalistas ocurre el fenómeno de la opresión de las mujeres.

Señala asimismo, que el análisis de la reproducción de la fuerza de trabajo no explica por qué son las mujeres las que hacen el trabajo doméstico y no los hombres. Toma las palabras de Marx relativas a la cuestión de la incidencia de elementos históricos y morales para decir que son los elementos “histórico y social” lo que determina que una esposa sea una de las necesidades del trabajador y que el trabajo doméstico lo hagan las mujeres y no los hombres. Es este “elemento histórico y moral” el que proporcionó al capitalismo una herencia cultural de formas de masculinidad y femineidad. Es dentro de este “elemento histórico y moral” que está subsumido todo el campo del sexo, la sexualidad y la opresión sexual. La brevedad del comentario del Marx destaca solamente la vastedad del área de la vida social que cubre y deja sin examinar. Sólo sometiendo al análisis ese “elemento histórico y moral” es posible delinear la estructura de la opresión sexual. (Rubin, 1996:43)

Quisiera finalizar esta intervención retomando el texto que leí al comienzo de este escrito “La obrera” de Rosa Rubí. Mi interpretación feminista intenta tramar género y clase. Rosa Rubí abre su texto exponiendo como primera aproximación a la pregunta ¿qué es la obrera? Y responde nombrando un cuerpo desde una metáfora: “máquina de carne”. Interesante resulta el hecho que ella pregunte usando el “qué” en

lugar del interrogativo “quién”. Sin duda la condición de sujeto le es escamoteada y por ende su habla comienza objetualizando a la obrera. Desde el pronombre interrogativo responde refiriendo a sus entrañas que hacen posible la “reproducción” de la especie humana, no es posible pensar aquí en que esta noción no refiera sino a la procreación. Asocio carne con carnicería e imagino ese cuerpo despostado para la reproducción: el útero es la zona que emerge. Luego nombra a éste como “sistema reproductor” y con ello echa andar la maquinaria del parentesco, conectada sin duda con la división sexual del trabajo. La maternidad, como trabajo sin remuneración, carente de lugar reconocido en el intercambio del capital dinero, interviene el cuerpo de las mujeres y afianza la supuesta naturalización de lo biológico. Sólo que Rosa Rubí dice a continuación que este sistema reproductor se convierte en “productor”. Si seguimos los planteamientos de las teóricas feministas, entonces la economía simbólica y también política que surge del cuerpo-máquina de las mujeres nos posibilita hablar de la conveniencia de la división sexual del trabajo inscrita desde el patriarcado capitalista. ¿Por qué la mujer en tanto tal es mayormente devaluada al parir? ¿Es que acaso no hay un imaginario que monta una escena romántica e ideal de una mujer dando a luz a hijos e hijas para perpetuar un ordenamiento que sólo beneficia al sistema androcéntrico-capitalista? ¿Qué significa esto para las mujeres en tanto sujetos? ¿Cuántas mujeres hemos abortado para evitar el trabajo no remunerado de la maternidad en condiciones de pobreza? ¿Por qué no podemos legitimar la elección de la maternidad? Rosa Rubí vuelve a usar otra metáfora poderosa para designar a la obrera: caballo-hembra. En este nombre la autora del texto condensa la animalidad que la constituye y dibuja un híbrido que no sigue la norma del sexo, no dice yegua-hembra como reiteración, sino caballo-hembra como desmontaje. Fractura entonces desde la animalidad la homogeneidad biológica sexual y la constituye como una posible abyección. Surge como un engendro del sistema sexo género y del

sistema capitalista. Luego usando la estrategia discursiva de la ironía señala que la obrera, “haciéndosela un honor”, cumple dos importantes papeles: es por una parte *artefacto*, palabra destacada en letra cursiva, sexo-sensual y bestia de carga o máquina industrial. El primer papel que le ha sido asignado nuevamente la deja en el lugar de objeto para el placer sexual y el disfrute erótico de otros. La ausencia del placer propio o la entrega autónoma al propio placer es un indicio de que en estas condiciones no puede ser sujeto libre que cree o inaugure desde su pulsión deseante, sea cual sea ésta, el placer para sí. Las feministas neomarxistas examinan desde la noción de parentesco el intercambio de mujeres y cómo los hombres adquieren a través del intercambio de éstas, prestigio, lugar de relevancia, linaje, entre otros. La obrera, desde su primer rol, ocupa la zona androcéntrica como objeto de intercambio para el placer de otros hombres. Luego su segundo papel, bestia de carga o máquina industrial, nos remite nuevamente a la in-humanidad que la constituye y junto con ello expone el ser objeto de la explotación económica en la figura de la sobre-carga de trabajo, sobre-carga horaria y sobre-carga para la producción. La repetición incesante junto a un tono monocorde de la máquina la dejan desde este segundo rol en la invisibilidad como sujeto humano. Se transforma así en máquina de reproducción y máquina de producción. El día es para el lugar de trabajo, el taller, y éste funciona como cárcel. La prisión del trabajo le otorga la condición de esclava y la imagen del reptil le sirve de comparación para designar el modo en que debe ganarse el alimento para sí, sus hijos y su amo-marido. Ninguna posibilidad de liberación en el día es atisbada para la obrera. Su condena empieza y termina en la condición femenina inserta en el sistema capitalista. Luego la noche trae para ella el trabajo doméstico no remunerado, la zona intocable de la producción afectivo-sexual en nuestra cultura. ¿Cuál es el límite para tanta explotación, me pregunto? ¿Cómo hacemos las mujeres para procesar este tren de vida sin que se nos

vuelva en contra de nuestra propia humanidad? En este punto resulta inevitable citar el lema que propone duramente Kate Millet cuando afirma: “El amor ha sido el opio de las mujeres”³. Si la producción afectivo-sexual se sostiene normativamente en lo amoroso, entonces una demanda feminista furiosa tendría que contemplar este mandato cautelador y sostenedor del amor en su eterna durabilidad.

En consecuencia el vacío es puesto por Rosa Rubí como: “sin que nunca venga un rayo de luz, una nota dulce, una sonrisa, una esperanza, a tocar sonoramente sus delicadas fibras del corazón de la mujer que sufre y que siente”. ¿Cuál sería este rayo de luz, la nota dulce, la sonrisa, la esperanza que toque el corazón de cada mujer que se entrega a la producción afectivo-sexual y a la producción de bienes y alimentos? Esta incertidumbre de Rosa Rubí me lleva a pensar en lo que Judith Butler, otra importante teórica y crítica feminista señala cuando dice: “Si soy de cierto género, ¿seré todavía considerado como parte de lo humano? ¿Se expandirá “lo humano” para incluirme a mí en su ámbito? Si deseo de cierta manera, ¿seré capaz de vivir? ¿Habrán un lugar para mi vida y será reconocible para los demás, de los cuales dependo para mi existencia?” (Butler, 2006:15).

Rosa Rubí termina su escrito haciéndonos una pregunta que desborda y excede este breve texto: “¿Quieres saber mejor qué es la obrera? Como si no hubiese bastado con su aproximación, o es que, me pregunto anhelante, en esta interrogante deja abierta otra zona de despliegue para las mujeres que trabajan como obreras, ¿una que tal vez implique su liberación? Prefiero esta última interpretación desde mi postura feminista, me abro a la idea de que las transformaciones sociales y culturales son y han sido posibles, siempre y cuando, pienso, intentemos porfiadamente en tramar para estos efectos: sexualidad, economía y política.

³ Millet, Kate, “El amor ha sido el opio de las mujeres”. Entrevista. *Diario El País*. www.elpais.com
Fecha de ingreso: 3 de enero del 2011.

Bibliografía

Braidotti, Rosi, “Las teorías de género o el lenguaje es un virus” en *Sujetos nómades*, Barcelona, Paidós, 2000.

Butler, Judith, *Deshacer el género*, Barcelona, Paidós, 2006.

Fraser, Nancy, “¿Qué tiene de crítica la teoría crítica? Habermas y la cuestión del género” en Seyla Benhabib y Drucila Cornell, *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, España, Ediciones Alfons El Magnanim, 1990, pp. 49-88.

Nicholson, Linda, “Feminismo y Marx: integración de parentesco y economía” en y Seyla Benhabib y Drucila Cornell, *Teoría Feminista y Teoría Crítica*, España, Ediciones Alfons El Magnanim, 1990, pp. 29-48.

Rubí, Rosa, “La obrera” en Palomera, Adriana y Alejandra Pinto (comps.), *Mujeres y Prensa anarquista en Chile (1837-1935)*, Santiago de Chile, Ediciones Espiritu Libertario, 2006.

Rubin, Gayle, “El tráfico de mujeres: notas sobre la ‘economía política del sexo’” en Lamas, Marta (comp.), *El género: la construcción de la diferencia sexual*, México, Miguel Angel Porrúa, 1996, pp. 35-96.